Hannah Arendt vs Auguste Comte: política o técnica

La filosofía de Hannah Arendt representa una defensa radical de la acción política libre frente a su progresiva desaparición en el mundo moderno. Aunque Arendt no escribió directamente contra Auguste Comte, su obra puede entenderse como una crítica profunda a la visión tecnocrática y cientificista de la política que el positivismo de Comte inaugura en el siglo XIX.

Comte, en el contexto de una Europa sacudida por las revoluciones y por el avance de la ciencia, propuso reorganizar la sociedad sobre bases estrictamente científicas. Según su famosa ley de los tres estadios, la humanidad había superado las etapas teológica y metafísica, y debía entrar en una fase "positiva", donde todo conocimiento verdadero debía basarse en hechos observables. Comte quiso aplicar este modelo también al ámbito político: ya no serían necesarios los debates ideológicos ni la participación ciudadana, sino la administración racional del orden social por parte de expertos, particularmente sociólogos. En esta visión, la política se transforma en gestión técnica, y el ciudadano, en un objeto de estudio más.

Este modelo contrasta profundamente con la filosofía de Arendt. Para ella, la política no es una técnica ni un instrumento para mantener el orden, sino el espacio donde los seres humanos, en su pluralidad, actúan y se muestran como seres libres. En su obra La condición humana, Arendt distingue entre tres actividades humanas: labor, trabajo y acción. La más elevada es la acción, entendida como aquella que se realiza en público, entre iguales, y que constituye la libertad misma. La política nace cuando los ciudadanos hablan, actúan y juzgan juntos, no cuando son dirigidos desde arriba por quienes "saben más".

En este sentido, Arendt ve en la tecnificación de la política —heredera del pensamiento positivista— una forma moderna de anulación de la libertad. Si el gobierno se convierte en una cuestión de conocimiento técnico, desaparece el espacio para el juicio, la opinión y el disenso, que son los elementos esenciales de la vida política. En lugar de ciudadanos activos, se produce una sociedad de individuos pasivos, dependientes de decisiones tomadas por expertos o instituciones impersonales.

Arendt observa además que esta tendencia se agravó en el siglo XX con la aparición del totalitarismo, donde la política fue reemplazada completamente por la ideología y la planificación burocrática. Aunque diferentes en forma, el totalitarismo y la tecnocracia comparten el mismo objetivo: eliminar la imprevisibilidad humana, hacer que la acción se ajuste a un plan cerrado, predecible, sin fisuras.

Frente a esta visión, Arendt reivindica la natalidad: la capacidad del ser humano para iniciar algo nuevo, para actuar de forma inesperada y libre. La acción política no es previsible ni reducible a leyes: es espontánea, arriesgada y transformadora. Y esa es, para ella, la esencia de lo humano.

En resumen, mientras que Comte ve en la ciencia el instrumento para ordenar racionalmente la sociedad, Arendt defiende que la política no puede ser sustituida por la técnica sin destruir su verdadera naturaleza. Para ella, la política es el lugar donde el ser humano aparece como sujeto libre, y no puede reducirse ni al saber científico ni a la gestión eficaz.

En un mundo cada vez más dominado por algoritmos, datos y expertos, el pensamiento de Arendt nos recuerda que vivir juntos no es un problema técnico, sino un desafío profundamente humano, que requiere acción, diálogo y libertad.